

—Ve á traer la llave, aquí te espero.

José María se dirigió al despacho para apuntar á D. Arturo Velazquez y tomar la llave del 15 alquilado por una semana.

—Dónde está el nuevo huesped? preguntó el administrador.

—Llega por el tren, contestó el criado sin vacilar; pero un señor que lo espera vino á tomar el cuarto á su nombre.

Satisfecho el administrador recibió el dinero y entregó la llave.

José María subió y la entregó á Manuelito que esperaba en el pasillo.

Manuelito volvió á entrar al núm. 13 para reanudar su interrumpida conversación con Clara.



CAPÍTULO XIV.

TAN luego como D. Trinidad y doña Candelaria estuvieron en la calle, comenzó á hacer su oficio el diablo de los celos.

—Conque quedamos, dijo D.<sup>a</sup> Candelaria, en que vas á probarme que se puede juzgar desde la calle de las comodidades de esas gentes malas. ¡Hum! no sé por qué me parece que vas á salir mal con la prueba, y vamos resultando con que no fué *desde la calle* desde donde pudo ver las camas de latón, que tan encantado lo tienen.

—Encantado! quien te ha dicho que estoy encantado; yo te referí el hecho y nada más.

—Nada más? Es que tú no te viste la cara, pero yo que te conozco bien, pude observar el entusiasmo con que hablabas de eso.

—Pues no me faltaba más, dijo D. Trinidad, un tanto molesto, que te empeñaras en hacerme creer que me he entusiasmado. Al hablarte del asunto bien puedo haberlo hecho con cierta vehemencia, pero esto se explica perfectamente. Yo nunca había visto, ni siquiera sabido, que las mujeres malas gastaran tanto lujo, y te he contado el hecho como escandalizado.... pues, como....

—Pues..... como..... repitió D.<sup>a</sup> Candelaria remedándolo pues..... ¡como, como entusiasmado con las camas de latón!

—Pero mujer, ¿á qué venía ese entusiasmo?

—Eso es lo que yo digo; pero te entusiasmaste.

—No, pues yo no paso por haberme entusiasmado por tan poca cosa, porque no soy tan estúpido.

—A qué le llamas poca cosa?

—A ver las camas desde la calle.

—Eso es lo que no puedo creer y eso es lo que me vas á probar ahora. Habráse visto? Yo no sé porqué se me figura que no hemos venido á este dichoso México sino para perder nuestra tranquilidad. Hasta tú, tan caserito y tan sosegado, te han venido á contagiar aquí y á alborotarte la conciencia con tantas cosas malas y pecaminosas como se ven en esta tierra dizque ilustrada. Por cierto de su ilustración, ilustración para las maldades, y no para otra cosa. Si es el teatro tan mentado, ya no se puede ir, ó por lo menos ya es necesario no llevar á las muchachas. Yo no pude comprender bien lo de la ópera de la otra noche, hasta que el Sr. Gutiérrez nos la explicó y te aseguro que sólo con la explicación, un color se me iba y otro se me venía. Afortunadamente no estaban presentes nuestras hijas á la tal explicación.

—Acuérdate que él mismo esperó una oportunidad para explicarnos el argumento cuando nuestras hijas no estuvieran presen-

tes, en lo cual como verás que el Sr. Gutiérrez es una persona moral y de buenas costumbres.

—Sí, ya sé porqué dices eso.

—Por qué?

—Para alejar de mí toda sospecha respecto á tu conducta, y la de él, porque viejos y todo como son, tú y el Sr. Gutiérrez, ne meto por Vds. la mano en la lumbre; por que ya voy viendo que en esta época los viejos son peores que los muchachos, y que no hay que fiarse de nadie. Ya me explico el lujo de las mujeres malas, y por qué todas hoy usan vestidos de raso y zapato de á diez pesos, ya sé porqué, todo ese lujo no pueden sostenerlo los primitos, hijos de familia, claro es que son Vds. los viejos, que tienen algo como tú, los que vienen á México á dejar el producto de sus cosechas y de su trabajo de muchos años, para que esas mujeres lo empleen en camas de latón como las que vamos á ver. Yo sé lo que te digo, Trinidad; esta venida á México nos vá á costar un ojo de la cara.

—Si te ha dado por ahí, qué le vamos á hacer; será preciso irnos cuanto antes.

—Eso, eso precisamente, irnos cuanto antes, porque yo no las tengo todas conmigo, respecto á Gumesindo, á tí y á todas las muchachas.

—En cuanto á Gumesindo, pueda ser que tengas razón, yo ya he pensado en eso. Está muy joven, tiene muy poco mundo y las ocasiones...

—Pero en cambio Gumesindo es muy bueno, muy sosegado, más sosegado y más bueno que tú, bribón.

—Otra vez!

—Sí, otra vez, y otras ciento; que lo que es mi corazón no me engaña, y cada paso que damos me parece que....

—Qué te parece?

—Que nos acercamos á la realidad....

—Ya se ve; á que te convenzas por tus propios ojos de que esas camas se pueden ver desde la calle.

—Y á todo eso, dijo de repente D.<sup>a</sup> Candelaria. Mira con qué seguridad caminas.

No parece sino que éste es tu camino favorito. Cómo es que te acuerdas tan bien de las calles, que ni siquiera vacilas en el camino que debemos tomar. Ya lo ves? todo eso me prueba que tú sabes más de lo que me has dicho y que lo sabes porque.....

D.<sup>a</sup> Candelaria se llevó el pañuelo á los ojos y no habló más.

--Repórtate, mujer, le dijo D. Trinidad, mira que vamos por las calles de San Francisco, y á la luz del gas todo el mundo verá que vas llorando.

D.<sup>a</sup> Candelaria se enjugó las lágrimas y continuó aquel penoso camino tomada del brazo de su marido.

A poco andar llegaron á la calle susodicha y D. Trinidad fué entonces quien rompió el silencio.

—Mira, ya llegamos.

—Ya? preguntó temblando D.<sup>a</sup> Candelaria, á ver donde está esa casa.

—Es necesario que al pasar observes con disimulo; cuando yo te haga seña con el brazo, porque sería feo que nos detuviéramos.

—Pero dónde es?

—Ves aquellas ventanas grandes?

—Aquéllas por donde se ve tanta luz?

—Sí, ésas son, ya vamos á pasar.

Cuando faltaba solo un paso para tocar la ventana y cuando D.<sup>a</sup> Candelaria se proponía devorar con una sola mirada cuanto fuera posible, D. Trinidad, por medio de un movimiento rápido é inesperado, obligó á su mujer á pasar más aprisa de lo necesario, al grado que doña Candelaria no pudo ver nada, pero notó perfectamente aquel movimiento brusco de su marido.

—Esas tenemos? dijo ella profundamente emocionada; me has pasado aprisa para que no vea nada.

—No viste?

—Que si ví! Bien sabes tú que no era posible ver nada pasando como pasamos. Por algo no has querido que vea.

—Cómo por algo!

—Es claro, algo has visto dentro que no te conviene que vea yo.

—Pero qué he de haber visto más que tú?

—Mira, Trinidad; aquí hay algo; y no puedo tolerar que me burles de ese modo. Vamos á volver á pasar tan espacio como yo quiera ¿lo entiendes? y ahora no de tu brazo, ni del otro lado, sino sola y del lado de la ventana, y veré hasta que me convenza.

—De esa manera vamos á llamar la atención, mujer.

—No me importa. Hemos de pasar.

—Espera, mujer, no es bueno hacer las cosas con precipitación, tiempo tendremos para todo. Cálmate, porque en todo caso tu misma excitación te hará ver las cosas de distinta manera.

—No, no, vamos en el acto, repitió doña Candelaria pretendiendo retroceder.

Hubo todavía un pequeño altercado durante el cual hubiera sido fácil al observador conocer que D. Trinidad había tenido algún motivo poderoso é inesperado para impedir que su mujer hubiese visto cómodamente al través de la ventana abierta. En efecto, D. Trinidad mismo era en aquellos momen-

tos presa de una emoción inexplicable, que provenía de una causa extraña á los celos de su mujer, á quien rogaba que no volviesen á pasar al pié de aquellas ventanas; pero D.<sup>a</sup> Candelaria insistió de tal modo que D. Trinidad exclamó con despecho.

—Enhorabuena, será como tú quieres, y supuesto que insistes, ya te pesará.

Esta palabra acabó de decidir á doña Candelaria, quien, fuera de sí, se desprendió del lado de su marido y se dirigió á la ventana.

D. Trinidad la dejó hacer, sin atreverse á seguirla. Sabía que su mujer iba á recibir un golpe inesperado, aunque de muy distinta naturaleza del que ella se esperaba. Lo que D. Trinidad había visto y conocido perfectamente al pasar por la ventana era.... el sombrero canelo de Gumesindo....

